ÉLOI LECLERC

"Id a Galilea"

Al encuentro del Cristo pascual

Sal Terræ

«Id a Galilea»

Colección «EL POZO DE SIQUEM»
186

Éloi Leclerc

«Id a Galilea»

Al encuentro del Cristo pascual

Editorial SAL TERRAE
Santander 2006

Título del original francés:
Pâques en Galilée
ou la rencontre du Christ pascal
© 2003 by Desclée de Brouwer,
Paris

Traducción:
María del Carmen Blanco Moreno

Para la edición española:
© 2006 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: 942 369 201
E-mail: salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es

Diseño de cubierta:
Fernando Peón / <fpeon@ono.com>

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-1644-2
Dep. Legal: BI-596-06

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
y transformación de esta obra sin contar con la autorización
de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(arts. 270 y s. del Código Penal).
El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)
vela por el respeto de los citados derechos.

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

Índice

Introducción 7

1. El encuentro pascual 13
2. «¡Es el Señor!» 23
3. La mirada de Juan 35
4. Galilea de las naciones 43
5. El tiempo de la Iglesia 53
6. El retorno a Galilea en la historia de la Iglesia 59
7. Nuestra Galilea interior 67
8. ¡Despierta! 73
9. El resplandor de Jesucristo 81

Conclusión 91

Introducción

En 1971 se publicó en la revista *Lumen Vitae* un artículo muy breve, titulado «Retournons au printemps de la vie» [«Volvamos a la primavera de la vida»], escrito por el metropolita Anthony Bloom, exarca del patriarcado de Rusia para Europa occidental.

Este artículo, rápido y luminoso como el rayo, atrajo mi atención sobre un aspecto del mensaje pascual que suele pasar inadvertido.

«Yo no sé», escribe Bloom, «si habéis observado alguna vez que al final del evangelio según san Mateo, en el capítulo 28, el Señor ordena a sus discípulos que vuelvan a Galilea: "Allí me encontraréis", les dice. No solemos dar importancia a este dato, porque nos parece indiferente que el Señor se encuentre allí o en otra parte...».

Después de leer este artículo, me sumergí en la lectura de los diferentes textos evangélicos que narran el anuncio de la resurrección del Señor.

En el Evangelio según san Mateo, como en el de san Marcos, el ángel anuncia a las mujeres que van de madrugada al sepulcro, el día de Pascua, que Jesús, el Crucificado, no está allí, porque ha resucitado: «Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Venid, ved el lugar donde estaba» (Mateo 28,5-6; Marcos 16,6).

E inmediatamente después el ángel les confía esta misión: «Y ahora id enseguida a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis"» (Mateo 28,7; Marcos 16,7). Y el Evangelio de san Mateo añade: «Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos» (Mateo 28,8).

Así pues, la misión que tienen las mujeres es anunciar a los discípulos una doble noticia, a saber: el hecho mismo de la resurrección de Jesús y, a la vez, el lugar al que tienen que dirigirse para volver a verlo.

El hecho de la resurrección es de por sí tan extraordinario y sobrecogedor, y al mismo tiempo tan esencial, que la cuestión del lugar del encuentro con el Resucitado puede parecer secundaria. No se percibe de inmediato su importancia ni su verdadero significado. Y éste queda aún más oculto porque, según los evangelios de Lucas y de Juan, Jesús se apareció también a los discípulos en Jerusalén al atardecer del día de Pascua.

No obstante, vemos que el mismo Jesús insiste en la elección de Galilea como lugar privilegiado de su manifestación. Ya en la víspera de su muerte había advertido a sus discípulos diciéndoles: «Después de mi resurrec-

ción, iré delante de vosotros a Galilea» (Marcos 14,28; Mateo 26,32).

Y en la mañana del día de Pascua, mientras las mujeres se apresuran a dar a los discípulos la noticia que el ángel les había confiado, Jesús sale a su encuentro y les dice: «¡Salve! [...] No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mateo 28,9-10).

Es evidente que Galilea ocupa, según Mateo y Marcos, un lugar único en el anuncio de la resurrección de Jesús. Es designada como el lugar privilegiado de la manifestación pascual. Es el horizonte hacia el cual tienen que volverse ahora las miradas de los discípulos.

Los estudiosos se han preocupado mucho por conciliar y armonizar las diferentes apariciones. Las que tuvieron lugar en Galilea... ¿precedieron o siguieron a las de Jerusalén? Los últimos estudios tienden a mostrar que probablemente las primeras apariciones del Resucitado al cuerpo apostólico tuvieron lugar en Galilea. Pero nuestro problema no es ése. La pregunta que nos hacemos es la del sentido mismo de las apariciones en Galilea. Y hay que reconocer que esta cuestión apenas ha sido planteada.

¿Qué significa esta cita galilea? ¿Por qué se concede esta importancia a Galilea? ¿Por qué esta elección? El Señor podía manifestarse en cualquier lugar. ¿Por qué pide a los discípulos con tal insistencia que vuelvan a Galilea, diciéndoles: «allí me verán»? ¿Es esta cita puramente ocasional? ¿No tendrá, acaso, un sentido más profundo e incluso un sentido permanente? ¿No es constitutiva de toda experiencia pascual auténtica? ¿No se dirige esta orden de Cristo resucitado a todos los discípulos, tanto hoy como en el tiempo apostólico?

Ciertamente, es posible eludir todas estas preguntas declarando, como ha escrito un exegeta, que era necesario que el Resucitado se reuniera con los discípulos allí donde éstos se encontraban, es decir, en Galilea, adonde habían huido aterrados por el prendimiento de su Maestro. La orden del ángel (como la del mismo Señor) no sería más que una invención de los evangelistas *para salvar el honor de los discípulos,* atribuyendo su presencia en Galilea a un deber de obediencia a una orden divina.

La explicación parece bastante superficial. Los evangelistas, en efecto, apenas se preocuparon por *salvar el honor de los discípulos* en los relatos de la pasión. Estos textos no fueron escritos para disimular nada, sino para iluminarnos sobre el misterio de Jesús. La mejor manera de abordarlos y de comprenderlos es respetarlos.

Todos habremos notado una expresión poco frecuente en labios de Jesús cuando en la mañana de Pascua, al dirigirse a las mujeres, designa a sus discípulos con la palabra *hermanos:* «Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mateo 28,10). El apelativo *hermanos,* aplicado a los discípulos, merece nuestra atención. Podemos ver en él una referencia al Salmo 22: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos en medio de la asamblea». Pero ¿qué sentido tiene esta referencia en las palabras de Jesús, en este momento?

El apelativo *hermanos,* en ese contexto, puede ponernos en la pista de la significación profunda de la cita galilea, pues permite entrever, en efecto, lo que está en juego en este encuentro, a saber: el vínculo que debe existir y prevalecer entre Jesús resucitado y sus discípulos. El acontecimiento de la resurrección, por muy extraordinario

y sobrecogedor que sea, no debe ser percibido como una ruptura entre el presente y el pasado, entre la gloria del Resucitado y la humanidad de Jesús de Nazaret. Este hombre de Galilea, al que los discípulos conocieron y siguieron, es el que se revela hoy como Señor de la gloria. Y aun siendo Señor, sigue siendo su *hermano* en humanidad. El poder que se manifiesta en su resurrección no lo aleja en nada de nuestra humanidad.

Entrevemos aquí una parte del sentido de la cita galilea. Fue, en sentido propio, un reconocimiento. Reconocer a alguien es establecer el vínculo entre la persona presente y el recuerdo que se tiene de ella. Todo reconocimiento implica presencia y memoria: una presencia iluminada por la memoria, pero también una memoria refrescada, iluminada por la presencia. La iluminación se produce en los dos sentidos. «Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea» (Lucas 24,6). Tal reconocimiento sólo podía tener lugar en el país de Galilea, donde arraigaba el recuerdo de todo cuanto Jesús de Nazaret había dicho y hecho, en una maravillosa proximidad.

Es preciso, pues, que acompañemos a los discípulos en su vuelta a Galilea para que podamos descubrir el sentido pleno de esta cita.

Al recorrer los capítulos de esta obra, tal vez el lector tenga a veces la impresión de que hay repeticiones. Son intencionadas. En la exposición he seguido un orden de progresión que Pascal define con estas palabras: «Este orden consiste principalmente en la digresión sobre cada punto que tenga relación con el fin, para demostrarlo siempre» (Pascal, *Pensamientos,* Brunschvicg, 283). El pensamiento que progresa reproduce el movimiento de la

ola que vuelve sobre sí misma para ir cada vez más lejos: «Va y vuelve, después va más lejos, luego dos veces menos, después más que nunca, etcétera. El flujo del mar se sucede así...» (Pascal, *Pensamientos,* Brunschvicg, 283).

En una gran obra musical, el tema, anunciado desde la obertura, vuelve regularmente, como si buscara su camino, hasta el momento en que estalla en su esplendor sonoro. Aquí las repeticiones son una aproximación recomenzada sin cesar en dirección hacia un centro luminoso que hay que intentar captar cada vez mejor. Y este centro luminoso es el Cristo pascual en la plenitud de su misterio. Mi objetivo, en estas páginas, no es otro que encontrar a la persona viva del Resucitado y entrar, no sólo en contacto, sino en comunión con él.

Aun cuando este pequeño libro sea fruto de un largo trabajo de reflexión e investigación, no me ha parecido necesario cargarlo con referencias eruditas, sino que he preferido dejarlo abierto a todos.

1
El encuentro pascual

«Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado» (Mateo 28,16).

Obedecieron, pura y simplemente. No pudieron percibir de manera inmediata la significación de esta cita galilea. Sólo después, y poco a poco, los discípulos tomaron conciencia de su importancia. En un primer momento se limitaron a hacer lo que Jesús les había ordenado. Sin hacerse preguntas.

Galilea era su patria chica. Todos ellos eran «varones galileos» (Hechos 1,1). Fue allí, a orillas del lago, donde todo había empezado. Un día, Jesús se había acercado a ellos. Les había sorprendido en su actividad de pescadores. Su mirada y su palabra les habían impresionado profundamente. Se habían sentido conmovidos. Habían sentido nacer en ellos una esperanza tan grande que, en el impulso y el ardor de su juventud, no habían dudado en seguirlo, felices por haber descubierto a Aquel a quien los profetas habían anunciado y a quien todos esperaban sin conocerlo.

Galilea eran todos los lugares que Jesús había marcado con su presencia. Era Caná, donde había convertido el agua en vino de bodas; era el monte donde había proclamado las bienaventuranzas; eran todos los caminos que habían recorrido siguiendo al Maestro, las comidas que habían celebrado juntos, las curaciones de las que habían sido testigos asombrados, las muchedumbres entusiastas, cada vez más numerosas... Galilea eran también los lugares retirados donde habían visto cómo oraba o se había confiado a ellos. ¡Cuántos recuerdos y emociones en una sola palabra: Galilea...!

Sí, Galilea era todo eso. Pero era, sobre todo, la persona tan cautivadora del joven profeta galileo que había conmovido su corazón. Ciertamente, más de una vez se habían sentido en su presencia como abrumados ante un misterio de santidad que los sobrepasaba; habían experimentado su indignidad, sus límites de hombres simples y pecadores, como Moisés ante la zarza ardiente. Pero él se había mostrado tan humilde y accesible en medio de ellos, tan humanamente próximo, que con mucha frecuencia habían tenido la impresión casi física de una proximidad divina inaudita. Al verlo caminar hacia los pobres y los despreciados, e incluso hacia los pecadores y los excluidos, al verle mezclarse con ellos y comer con ellos, les parecía que el cielo había perdido todo su orgullo: el reino de los cielos tocaba la tierra, se abría a todos y se encarnaba en la vida cotidiana. Era como si un intenso aliento divino soplara sobre su tierra.

Pero después de esta primavera luminosa de Galilea vinieron los días sombríos de Judea. Ellos, que habían acompañado al Maestro en su camino de subida hacia

Jerusalén, se dieron cuenta muy pronto de que estaban entrando en otro mundo: un mundo más frío, desconfiado, hostil y lleno de amenazas. Les parecía que allí el cielo se estaba cerrando. Finalmente, el arresto, la condena y el suplicio de su Maestro les habían dejado completamente desamparados. Todo había sucedido tan deprisa que tenían la impresión de haber sido arrebatados en un torbellino de pesadilla.

Ellos no podían comprender ni aceptar tan trágico fin para Aquel en quien habían puesto todas sus esperanzas y a quien el pueblo aclamaba, también en Jerusalén, como el Mesías. Aquello era para ellos un verdadero naufragio.

Habían pasado ya tres días desde la muerte de Jesús. Los discípulos estaban aterrados y temblaban de miedo. El evangelio según san Juan nos dice que estaban con las puertas cerradas «por miedo a los judíos» (Juan 20,19).

Y he aquí que en aquel momento reciben una noticia asombrosa y magnífica: algunas mujeres habían ido de madrugada al sepulcro y lo habían encontrado abierto y vacío: el cuerpo de Jesús ya no estaba allí, ¡había resucitado! Nos imaginamos la emoción, el estupor, las dudas, pero también la loca esperanza de los discípulos. Ante semejante acontecimiento, se sentían completamente sobrepasados. No sabían qué pensar.

Así, cuando, al atardecer de aquel día de Pascua, Jesús se les aparece de improviso en el lugar donde están escondidos, se sienten sobrecogidos de espanto al verlo. No creen lo que ven. Piensan que están viendo un espíritu o un fantasma. Jesús tiene que insistir: «Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo»

(Lucas 24,39). Y como no pueden creer, por la alegría, y siguen sobrecogidos por el estupor, les dice: «"¿Tenéis aquí algo de comer? Ellos le ofrecieron un trozo de pescado. Lo tomó y comió delante de ellos» (Lucas 24,41-43). Es manifiesto que la aparición del Resucitado les produce una conmoción, y se quedan a la vez asombrados y temerosos. El encuentro con un ser que vive después de haber muerto es motivo suficiente para hacer que vacilen hasta los más seguros.

Es de todo punto evidente que la resurrección de Jesús situó a los discípulos ante un acontecimiento sin precedentes y que les superaba. Tenían dificultades para reconocer al Maestro al que habían conocido, seguido y admirado en su patria. Su aparición era para ellos algo a la vez irreal y espantoso y los ponía de improviso en contacto con un mundo que no era ya el suyo: un mundo extraño y temible, el mundo de ultratumba. El Jesús a quien habían conocido asumía una estatura sobrehumana. Estaban lejos, muy lejos, de aquella tierra tan familiar y real de Galilea.

Así pues, se corría el riesgo de que, en el espíritu de los discípulos, la conmoción de la resurrección arrancara a Jesús de nuestra humanidad, de nuestra historia, y lo proyectara a un universo mítico de una grandeza a la vez fascinante y temible. En el punto límite anulaba la encarnación.

Empezamos aquí a entrever el porqué de la cita galilea. Era urgente vincular el extraordinario acontecimiento de la resurrección con todo aquello que le había precedido en Galilea, en los humildes caminos del Maestro en compañía de los discípulos. El retorno a Galilea tenía que permitir a estos últimos encontrar a Jesús en su realidad y su proximidad humanas.

Estos encuentros eran absolutamente necesarios, desde el momento en que Jesús resucitado se disponía a afirmar ante ellos solemnemente su Señorío universal, antes de volver al Padre (cf. Mateo 28,18). Los discípulos tenían que saber que no había una ruptura entre el Jesús de la historia y el Señor de la gloria, y que el vencedor de la muerte era este hombre, tan próxima y tan maravillosamente humano, a quien ellos habían conocido y con quien habían caminado. Sólo entonces el Resucitado podía decirles: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mateo 28,18).

Ninguna página de los evangelios nos informa mejor sobre el desarrollo de la cita galilea que el relato de su manifestación a orillas del lago, en el evangelio según san Juan. Este relato nos permite asistir en directo, en su simplicidad y profundidad, al encuentro del Resucitado con los suyos.

Efectivamente, los discípulos retornaron a Galilea, volvieron a su contexto vital; incluso reanudaron su actividad de pescadores. Pedro fue el primero en dar ejemplo: «Simón Pedro les dice: "Voy a pescar". Le contestan ellos: "También nosotros vamos contigo". Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada» (Juan 21,3).

Cuando regresan de madrugada, ven desde la barca a un hombre de pie en la orilla. Parece que el desconocido está esperándolos. En efecto, en cuanto puede hacerse oír, les pregunta: «"Muchachos, ¿no tenéis nada que comer?". Le contestaron: "No". Él les dijo: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis". La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla, por la abundancia de peces»
(cf. Juan 21,4-6).

«El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: "Es el Señor"». Juan lo había reconocido. Al instante, sin decir una palabra, Pedro se lanza al mar y va nadando al encuentro del Maestro. La orilla estaba a poco menos de doscientos metros. Los demás discípulos vuelven en la barca, arrastrando la red llena de peces. Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas, con un pez sobre ellas y pan. Jesús les dice: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar». Simón Pedro sube a la barca y saca la red a tierra, llena de peces grandes... Jesús dice entonces: «Venid y comed». Ninguno de los discípulos se atreve a preguntarle: «¿Quién eres tú?». Pero saben que es el Señor (cf. Juan 21,7-13).

«¡El Señor!». Es él, en efecto. Se encuentran con él, tal como era cuando se acercó a ellos por primera vez a orillas del lago. Jesús se presenta de nuevo en medio de ellos, tan cercano y familiar como el día de su primer encuentro.

Esta manifestación del Resucitado en la orilla del lago de Galilea no tiene nada de fantástico o de abrumador. Jesús está allí, sin majestuosidad, sin resplandor, como el más sencillo de los hombres. Y tal vez no haya nada más familiar que esta petición del Maestro: «Muchachos, ¿no tenéis nada que comer?». O esta invitación: «Venid y comed». Incluso la pesca milagrosa, que recuerda la de los comienzos del ministerio galileo, resulta conocida para los discípulos. Lleva la marca del Maestro: un Maestro que se interesa por su actividad y se muestra próximo a ellos. También los discípulos tienen la impresión de estar reviviendo aquel momento de gracia que experimentaron en el origen de su vocación. Y, como consecuencia, en su mente se establece un vínculo de manera totalmente natural

entre el Resucitado, vencedor de la muerte, y el Maestro al que conocieron y amaron.

«Constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos» (Romanos 1,4), Jesús no ha renegado de su humanidad. Sigue siendo el hombre humilde y próximo a quien los discípulos conocieron y siguieron por los caminos de Galilea. Vuelve hacia los suyos –hacia sus *hermanos,* como él los llama– con la misma simplicidad y la misma dulzura. Y ellos lo encuentran más vivo y más real que nunca en su ambiente familiar, a orillas del lago. Lejos de hacer de él un ser distante y mítico, un ser desencarnado, su Señorío y su exaltación junto al Padre lo hacen aún más próximo a sus *hermanos.* Y las llagas que lleva en las manos, en los pies y en el costado son las marcas de nuestro destino de debilidad y de sufrimientos, de humillaciones y de muerte. El Señor resucitado no rechazó este destino, sino que lo incorporó al corazón de su propio destino para llenarlo de su luz.

El encuentro con el Resucitado en Galilea, allí mismo donde lo habían conocido, admirado y amado, fue para los discípulos un momento decisivo. Al establecer el vínculo entre la gloria del Resucitado y su vida terrestre, este encuentro inauguró la memoria viva de toda la experiencia evangélica. Los discípulos hacen memoria de esta vivencia, pero a la luz de la Pascua. En adelante, en su espíritu, el Jesús de la historia y el Señor de la gloria no serán más que uno.

Esta memoria viva, iluminada por la resurrección, iba a encontrar su expresión en los evangelios, cuyo relato narra todo el camino recorrido por Jesús: «todo lo que hizo

y enseñó desde el principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue levantado a lo alto» (Hechos 1,1-2).

Los evangelios son, en efecto, el eco amplificado de esta cita galilea en la que a los discípulos se les concedió encontrar a su Maestro tal como lo habían conocido. A partir de este momento, en efecto, toda la experiencia de vida evangélica iba a revivir a sus ojos bajo la luz pascual.

No se conoce bien un camino hasta que se sabe por experiencia adónde lleva. En adelante, los discípulos, a la luz de la resurrección del Señor, saben que el camino recorrido por Jesús y con él es un camino que conduce a la vida. Y, como consecuencia, ellos imaginan y sienten que esta vida que se ha manifestado con poder en la mañana de Pascua estaba ya presente en todo lo que habían vivido en compañía del Maestro.

No tiene nada de extraño, pues, que en cada página de los evangelios se respire ya un ambiente de resurrección. La memoria se transforma aquí en fuerza de resurrección. Todo revive en el soplo de la Pascua. Por todos los lugares por los que pasa, Jesús cura, levanta, libera, devuelve la vida. De su persona emana una fuerza de vida. Los sordos oyen, los mudos hablan, los paralíticos caminan, los muertos resucitan. Hombres y mujeres abatidos y desesperados se alzan a su paso y encuentran la alegría de la marcha. Los evangelios evocan en varias ocasiones el movimiento poderoso y entusiasta de las muchedumbres que siguen a Jesús. Este pueblo en marcha constituye el telón de fondo del primer anuncio del reino en Galilea. En contacto con

Jesús, la vieja humanidad, contagiada por la esperanza mesiánica, nace a una nueva juventud.

A veces se ha calificado como «primavera galilea» este primer anuncio del reino. A decir verdad, si este anuncio es presentado por los evangelistas como una explosión primaveral de vida, es sin duda porque lo reinterpretaron a la luz de la Pascua. La verdadera primavera galilea empieza por el encuentro con el Resucitado en la orilla del lago. Allí se abrió, en el corazón de los discípulos, un camino por donde el soplo pascual entró en su vida, resucitando de alguna manera toda la experiencia de vida evangélica y dándole su sentido.

Sería erróneo pensar que la luz de la Pascua deformó la verdad histórica. En un bosque, al atardecer, cuando el sol declina en el horizonte y sus rayos oblicuos golpean los troncos de los árboles y penetran en la maleza, los pasillos sombríos se iluminan. En ese momento la vista puede adentrarse a lo lejos en el bosque. Nada ha cambiado en la realidad de las cosas; y sin embargo, todo es diferente, ha sido transfigurado. Del mismo modo, la luz pascual no alteró en nada, a los ojos de los discípulos, los hechos y los gestos de Jesús. Pero reveló su sentido interior. Les hizo ver adónde conducían las opciones de su Maestro. De este modo, profundizó las raíces de su fe en Cristo, Señor de la historia. La luz pascual impidió que esta fe se escapara a una visión olímpica e intemporal de su gloria y su Señorío.

Allí, en Jerusalén, en la casa donde estaban escondidos y temblando de miedo, la resurrección del Señor sólo podía parecerles un acontecimiento abrumador y desconcertante, que rompía con todo lo que habían vivido en com-

pañía de Jesús de Nazaret, y vacío, por consiguiente, de sentido. El acontecimiento les sobrepasaba por completo.

Pero en su Galilea, a orillas del lago, bajo el cielo libre y puro, se les concedía encontrar a su Maestro en su humanidad. El acontecimiento ya no tenía un aspecto aterrador. Sin perder nada de su grandeza, les parecía acorde con la sencillez de su vida. La presencia del Señor resucitado adquiría a partir de ese momento su verdadero sentido. Era como un amanecer, un nuevo Génesis. «El mismo Dios que dijo: "Del seno de las tinieblas brille la luz"» (2 Corintios 4,6) iluminaba de pronto su corazón, haciéndoles descubrir, en la gloria del Resucitado, el sentido de todo lo que habían vivido mientras seguían a Jesús de Nazaret.

2
«¡Es el Señor!»

Antes incluso de que los evangelios fueran redactados, la comunidad cristiana primitiva había captado y expresado el mensaje esencial de la cita galilea, a saber: la identidad fundamental existente entre el Resucitado, Señor de la gloria, y el humilde profeta del reino, Jesús de Nazaret.

En la Carta a los Filipenses, que se remonta a los años 50-56, el apóstol Pablo recoge un himno que él mismo ciertamente había aprendido poco después de su conversión, en torno a los años 37-38. Este himno, una de las primeras profesiones de fe cristiana, proclama con fuerza el vínculo estrecho que une los humildes caminos de la vida terrestre de Jesús de Nazaret y su glorificación por el Padre como Hijo de Dios y Señor del universo. He aquí el himno:

«...el cual, siendo de condición divina,
no reivindicó su derecho
a ser tratado como igual a Dios,
sino que se anonadó,
tomando condición de esclavo.

Haciéndose semejante a los hombres
y reconocido como hombre por su aspecto,
se rebajó a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó
y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre,
para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese: "El Señor es Jesucristo
para gloria de Dios Padre"» (Filipenses 2,6-11).

Este texto afirma con fuerza la identidad entre el Jesús de la historia y el Señor de la gloria. Parece, sin embargo, que establece una oposición entre la experiencia de vida evangélica, hecha de sombras y humillaciones, y la gloria esplendorosa de Cristo resucitado. Después de haber aceptado la condición humana más humillante, Jesús habría sido elevado a una gloria que lo habría restablecido en su verdad y su soberanía divinas. Como si, al hacerse uno de nosotros, en la condición de *siervo,* el Hijo de Dios se hubiera distanciado de sí mismo, de lo divino.

Ahora bien, ¿es éste el sentido de la afirmación esencial de este texto: «El Señor es Jesucristo»?

¿No hay que entender más bien esta proclamación como un reconocimiento de una identidad paradójica, pero profunda, entre las opciones históricas de Jesús y la gloria divina que manifiesta su resurrección? ¿No ha desvelado Jesús al mundo con sus propias opciones –las de las bienaventuranzas– el verdadero rostro de Dios, su verdadero Señorío, su verdadera gloria? Su exaltación, lejos de opo-

nerse a la experiencia de vida evangélica, ¿no proclamaría, por el contrario, la verdad divina?

Para saberlo tenemos que encontrar, siguiendo a los discípulos, a Jesús resucitado en los caminos de Galilea. Es allí donde el Señor nos descubre su verdadero Señorío.

Al citarlos en el país de Galilea, el Resucitado mostraba a sus *hermanos* que, aun habiendo sido exaltado junto al Padre, seguía siendo el hombre de las bienaventuranzas, hoy igual que ayer. Más aún, de este modo les revelaba que su gloria presente correspondía totalmente a lo que les había enseñado durante toda su vida acerca del Reino y el Señorío de Dios: un Reino y un Señorío que no consisten en el alejamiento y en el poder de dominación, sino en un amor soberano que es la expresión plena de la proximidad y la comunión.

Desde una perspectiva puramente humana, hay una oposición entre la idea de «señorío» y la de «proximidad». El señorío es la superioridad, la soberanía y, por tanto, la distancia. Es señor quien permanece por encima de los otros, quien los domina y ejerce el poder. La proximidad, por el contrario, suprime las distancias. Crea la comunidad de destino, la fraternidad, la comunión. Es próximo quien está *con,* quien comparte las mismas condiciones de vida, las mismas penas y las mismas alegrías.

Los seres humanos han pensado siempre que el Señor Dios los dominaba infinitamente con su gloria y su omnipotencia. Su soberanía establecía una distancia infinita entre él y sus criaturas. Por no hablar de la no menor distancia existente entre el Dios tres veces santo y el hombre pecador.

Ahora bien, Jesús de Nazaret vino a proclamar que el Reino de Dios estaba cerca. El Reino de Dios, es decir,

esencialmente «el Señorío de Dios, la manifestación de su gloria, su ser de Dios»[1]. Para Jesús, este Señorío, este Reino, se sitúa bajo el signo de la proximidad.

Y para mostrarlo claramente, él mismo se hizo el más próximo de los hombres, de todos los hombres. Tanto sus acciones como sus palabras testimonian una voluntad de proximidad. Lejos de aislarse, encerrándose en un círculo de amigos y de justos, va hacia los más alejados, hacia los seres perdidos, los pecadores y los excluidos; se mezcla con ellos y come con ellos. Transgrede todas las prohibiciones, suprime todas las distancias. Deja que las muchedumbres se aproximen a él y lo toquen. Todos tienen que saber que el Reino de Dios se ha acercado y que Dios quiere entrar en contacto, en comunión, con todos los hombres.

Y para afirmarlo aún más intensamente, Jesús acepta ser contado él mismo entre los pecadores y los malhechores: muere crucificado entre dos bandidos. ¿Podía llevar más lejos la proximidad humana y testimoniar con más fuerza la proximidad de Dios?

Ciertamente, Jesús inaugura una nueva comprensión del Señorío de Dios[2]. Invierte las concepciones tradicionales. El Señorío de Dios que Jesús revela, tanto con su vida como con su enseñanza, es esencialmente una soberanía del amor que ignora todas las fronteras, todas las distancias, y sólo triunfa en la proximidad y la comunión.

---

1. «El reino de Dios no es ante todo un reino, sino que se trata del señorío de Dios, de la manifestación de su gloria, de su ser de Dios»: Walter KASPER, *Jesús, el Cristo,* Sígueme, Salamanca 1979, p. 95.
2. Walter KASPER, *Jesús, el Cristo,* Sígueme, Salamanca 1979, p. 96.

Los profetas de Israel habían subrayado ya la proximidad sorprendente del Dios de la Alianza. Una proximidad maternal, como pone de manifiesto este pasaje del profeta Oseas:

> «Cuando Israel era niño, lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: ofrecían sacrificios a los Baales [...]. Yo enseñé a caminar a Efraín, tomándolo por los brazos, pero ellos no sabían que yo los cuidaba. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor; yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla; me inclinaba hacia él y le daba de comer» (Oseas 11,1-4).

Se comprende la admiración del autor del Deutero-nomio ante tal proximidad: «Porque, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahvé nuestro Dios siempre que lo invocamos?» (Deuteronomio 4,7).

No obstante, esta proximidad divina tenía sus límites. Estaba reservada al pueblo elegido y era entendida la mayoría de las veces como un privilegio de los justos. Por otra parte, no establecía nunca una verdadera comunión. No suprimía las distancias, dejaba intacto el aspecto temible de la gloria de Yahvé, del Dios todopoderoso y tres veces santo, ante el cual tiemblan los serafines y cuya manifestación en el templo hizo gritar al profeta Isaías: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros! (Isaías 6,5). «En medio de ti está Yahvé tu Dios, Dios grande y temible» (Deuteronomio 7,21).

Con Jesús de Nazaret, la proximidad de Dios a su pueblo alcanza un grado nunca igualado. A decir verdad, se

franquea un umbral. Empieza una proximidad completamente nueva y propiamente inaudita.

En la fuente de esta nueva proximidad hay una experiencia única: la experiencia filial de Jesús. Todo en su existencia, tanto en sus actos como en sus palabras, pone de manifiesto que vivía en una relación sin precedentes con Dios: con el Padre, con su Padre. Tenía conciencia de mantener con su Padre una relación de intimidad y de comunión absolutamente filiales.

Jesús expresaba esta experiencia única con una palabra: *¡Abbá!* Este término familiar era empleado por los niños arameos para dirigirse a su padre. El evangelio de Marcos narra que, en la hora dolorosa de Getsemaní, Jesús oró a su Padre llamándolo *Abbá* (cf. Marcos 14,36). Jesús hizo suyo este término que expresaba la ternura afectuosa y espontánea del niño, manifestando con ello el vínculo profundo y único que lo unía con su Padre, incluso en la hora dramática de su pasión[3].

En verdad, el término *Abbá,* en labios de Jesús, revela una proximidad incomparable entre Dios y él, una intimidad sin igual en todo el contexto religioso bíblico o extrabíblico. En él se expresa, como escribirá más tarde el evangelista Juan en su prólogo, «el Hijo único que está vuelto hacia el seno del Padre» (Juan 1,18).

De esta experiencia filial fluye todo el mensaje evangélico. La feliz noticia que Jesús proclama es precisamente esta nueva proximidad de Dios, que a través de él se

3. Joachim JEREMIAS, «Abba», en *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento,* Sígueme, Salamanca 1981, pp. 17-89.

ofrece a todos los hombres. Él invita a sus discípulos a entrar en esta intimidad filial: «Cuando oréis, decid: "Padre..."» (Lucas 11,2). Les enseña a llamar *Padre* a Dios, como sólo él sabe hacerlo, como sólo él puede decirlo. Con la misma seguridad y la misma alegría.

Y la conversión evangélica consiste esencialmente en acoger esta nueva proximidad de Dios en Jesús: «El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Marcos 1,15). La Ley no es suprimida, pero deja de ser la referencia suprema. Algo la precede. Es la fe en la gracia filial ofrecida a todos en el Hijo amado.

La gracia filial es el nombre nuevo de la Alianza. Es su cumplimiento, su cima. En ella se manifiesta plenamente el designio de Dios sobre la humanidad. En adelante, esta gracia está por encima de todo. Todo reposa sobre este don inaudito, totalmente gratuito. Vivir según la Buena Nueva es fundar por entero la propia existencia en este don. Se trata, ante todo, de acoger en la fe esta comunicación de intimidad divina que se ofrece a nosotros en Jesús y que nos hace vivir de la vida misma de Dios.

Obviamente, los discípulos que escuchaban a Jesús y lo seguían a lo largo de su recorrido terreno no sospecharon siquiera en aquel momento la profundidad de su mensaje. Sólo podían concebir la venida del Reino y su revelación como una manifestación de poder, y en esto no se diferenciaban de los demás judíos de su tiempo. Y hasta el final esperaron que llegaría un día en que Jesús haría estallar su poder, liberando a Israel de sus opresores, e inauguraría una era de paz y de justicia sobre la tierra, como habían anunciado los profetas.

No se les ocurría pensar que el Reino de Dios proclamado por Jesús consistía esencialmente en la nueva proximidad de Dios, en su comunicación de intimidad con los hombres; en suma, en la gracia filial. Ciertamente admiraban a su Maestro y apreciaban su proximidad. Pero la mirada que le dirigían se quedaba en la superficie del misterio que lo habitaba. Permanecían atados a una concepción de la gloria de Dios y de su Señorío totalmente ajena al espíritu de su Maestro, como se aprecia claramente en la reacción espontánea de Pedro en el momento del lavatorio de los pies, antes de la última cena: «Señor, ¿lavarme tú a mí los pies...?» (Juan 13,6). A Pedro le parecía inconcebible que el Señor realizara tal gesto. En la mente del apóstol, aquello era incompatible con su cualidad de Señor. Es cierto que esperaba el Reino de Dios, pero no lo veía venir en esta profunda comunión con nuestra humanidad.

Se comprende el reproche que Jesús hizo a Felipe la víspera de su muerte. Felipe le había dicho: «"Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". Le dice Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?» (Juan 14,8-10).

Habrá que esperar a la resurrección de Jesús y a la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, para que los apóstoles descubran la humanidad del Señor en su profundidad y se abran a la verdad de su misterio: «Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros» (Juan 14,20).

Entre ambos acontecimientos, la resurrección y la venida del Espíritu, se sitúan la vuelta a Galilea y la mani-

festación de Jesús resucitado a los discípulos en su patria chica. En esta manifestación hay que ver una preparación para la venida del Espíritu y su acción.

Una preparación del todo necesaria, porque en un primer momento el acontecimiento de la resurrección había conmocionado a los discípulos con su dimensión sobrehumana. A sus ojos, revelaba en Jesús un poder divino que lo elevaba infinitamente por encima de nuestra humanidad y que, por tanto, podía restablecer las distancias entre Dios y nosotros, en contra del mensaje evangélico.

Así pues, la vuelta a Galilea asume aquí todo su sentido. Al manifestarse a los discípulos allí donde se había mostrado tan próximo a ellos, Jesús les hacía saber que su Señorío y su entrada en la gloria del Padre no lo alejaban para nada de nuestra humanidad, y que seguía haciéndose muy presente a ellos, siempre tan próximo y comprensivo. Sus últimas palabras no dejan ninguna duda a este respecto: «Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28,20).

De este modo les indicaba claramente que no hay que buscar la gloria del Padre y su Señorío por encima del mundo en un cielo olímpico, pues no esa gloria y ese Señorío no consisten en estar por encima de, sino *con.* No consisten en el dominio, sino en la comunión. No consisten en la distancia, sino en la Alianza. Porque la soberanía de Dios es una soberanía del amor. Y el amor encuentra su perfección, su soberanía y su gloria en la comunión más profunda, más universal y más gratuita. Una comunión más fuerte que todo lo demás. Más fuerte que la muerte y que el pecado. Porque ambos son destruidos en Jesús re-

sucitado, en quien la gloria del Padre se identifica con el triunfo del perdón y de la comunión.

No es justo, por tanto, decir, como se hace a veces, que al hacerse hombre, el más próximo y el más vulnerable de los hombres, el Hijo de Dios se haya distanciado de sí mismo o de lo divino. Todo lo contrario: con su humilde encarnación, el Hijo nos ha revelado que lo divino está en la soberanía de un amor que se complace en la comunión más profunda y gratuita. Se ha convertido en la *visibilidad del Padre,* según la expresión de san Ireneo, que retoma las palabras del propio Jesús: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Juan 14,9).

Y cuando, al final de su estancia en Galilea, Jesús resucitado tiene que despedirse de sus discípulos y privarlos de esta *visibilidad,* se preocupa de tranquilizarlos diciendo que el tiempo de la invisibilidad no será el de la ausencia y el alejamiento; les promete estar siempre con ellos. La encarnación no es un episodio efímero, un paréntesis cerrado apresuradamente, sino que inaugura una comunión, definitiva e irreversible, del Hijo de Dios con nuestra humanidad. *Los cielos cantan la gloria de Dios,* pero es la tierra de la encarnación la que nos revela el esplendor secreto de esta gloria.

«Jesús es el Señor»: comprendemos ahora un poco mejor lo que significa esta profesión de fe. A decir verdad, es una profesión revolucionaria que hace añicos la idea imperial de la gloria divina. En Galilea, a orillas del lago, los discípulos aprendieron a reconocer al Señor resucitado en su proximidad humana: «Él es el Señor». El Espíritu de Pentecostés iba a terminar de iluminarlos.

La vuelta a Galilea asume, pues, la dimensión de una experiencia espiritual. No se trata sólo de un retorno a un lugar geográfico. Se trata, más bien, de descubrir, a la luz del Espíritu, el misterio de Cristo en su profundidad humana y divina.

«Padre,
bendito seas por haberme mostrado
en el rostro amado de Cristo,
ofrecido a nuestra mirada,
tu gloria inmensa»[4].

4. Didier RIMAUD, «Dieu au-delà de tout créé», en *Liturgie des heures,* © CNPL.

3
La mirada de Juan

El apóstol Juan fue el primero en reconocer a Jesús resucitado a orillas del lago de Galilea. «¡Es el Señor!», gritó al ver al desconocido que los esperaba en la orilla al amanecer, cuando regresaban a tierra después de una noche en la que no habían pescado nada. Se puede pensar que Juan vio a partir de ese instante cómo se iluminaba toda la vida de Jesús a la luz de la Pascua.

De esta mirada pascual sobre Jesús, reconocido como Señor, iba a nacer el evangelio de Juan. Es indudable que este evangelio está centrado en Jerusalén y se interesa más por los acontecimientos de la vida de Jesús que se desarrollaron en Judea. No obstante, la mirada de Juan sobre Jesús lleva claramente la marca del retorno a Galilea. Es la mirada del reencuentro. Una mirada que encuentra, a la luz de la Pascua, la maravillosa proximidad humana de Jesús y que percibe, en esta misma proximidad, el signo de la gloria de Dios.

Ningún evangelista vio ni supo hacer ver como Juan la gloria del Hijo de Dios en su encarnación. Ninguno esta-

bleció un vínculo tan estrecho entre la comunión carnal de Jesús en la historia de los hombres y su comunión en la gloria eterna de Dios. Nadie comprendió mejor que él que esta gloria consiste, ante todo, en la comunicación de una vida, y que resplandece precisamente allí donde parece más humillada.

En efecto, Juan no contempla esta gloria de Dios fuera del tiempo, en una experiencia mística interior e intemporal, sino en la historia de Jesús. La ve esplendorosa en un ser de carne, en la persona viva del joven profeta de Nazaret que se dejó encontrar, abordar y tocar en nuestros caminos humanos, que habló nuestra lengua humana, sufrió nuestros sufrimientos humanos y murió una muerte humana. En pocas palabras: ve la gloria de Dios en el desarrollo de la vida de Jesús:

> «Y la Palabra se hizo carne
> y puso su Morada entre nosotros,
> y hemos contemplado su gloria,
> gloria que recibe del Padre como Unigénito,
> lleno de gracia y de verdad» (Juan 1,14).

> «A Dios nadie lo ha visto jamás:
> el Hijo Unigénito,
> que está en el seno del Padre,
> él lo ha contado» (Juan 1,18).

Esta mirada que Juan dirige a la historia de Jesús es una mirada pascual: una mirada iluminada por el Espíritu que resucitó a Jesús. Una mirada que no se detiene en la simple materialidad de los hechos, sino que penetra en ellos y percibe su significación profunda. Esta lectura interior pone de manifiesto el sentido de una vida que es pa-

ra Juan una teofanía, una manifestación de la gloria de Dios.

Pongamos como ejemplo el relato joánico del *primer signo* realizado por Jesús. El acontecimiento tiene lugar en Galilea, es decir, precisamente allí donde los discípulos volvieron a ver y a encontrar a Jesús después de su resurrección. Bajo esta luz pascual narra Juan el primer signo realizado por Jesús: «Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea...» (Juan 2,1). Jesús había sido invitado con su madre y sus discípulos. Resulta fácil imaginar el ambiente festivo y gozoso de una boda en un pueblo. Jesús está allí presente, en medio de los invitados. Pero he aquí que una sombra se cierne sobre la fiesta, y María, la madre de Jesús, es la primera en caer en la cuenta. Al ver el problema de los esposos, se inclina hacia Jesús y le dice: «No tienen vino» (Juan 2,3). Jesús lo comprende. Pero ¿qué relación tiene esto con su misión? Él no ha venido a proporcionar vino en abundancia para un día de bodas. Ciertamente ha sido enviado para traer a los hombres la alegría, «la vida sobreabundante» (Juan 10,10). Él dará esta plenitud de vida, pero cuando llegue *su hora.* Y su hora aún no ha llegado. «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Juan 2,4).

Sin embargo, Jesús atiende la petición de María. Lo hace situándose en la perspectiva de su misión. El acto que realiza es un signo. A la vez que responde a la petición inmediata y material de su madre, la sobrepasa por su sentido. El signo es elocuente por su desmesura, por su desproporción con el acontecimiento. El signo anuncia otro don: el de una vida sobreabundante, inagotable, eterna. Allí donde bastaba una cierta cantidad de vino, Jesús eli-

ge deliberadamente la prodigalidad, la desmesura, la ebriedad: la desmesura y la ebriedad en el don.

«Llenad las tinajas de agua» (Juan 2,7), dice Jesús a los sirvientes. Esas tinajas estaban destinadas a las abluciones rituales de los judíos. Había seis, y tenían aproximadamente una capacidad total de seiscientos litros. Los sirvientes las llenaron hasta el borde.

Entonces Jesús les dice: «Sacadlo ahora» (Juan 2,7). Ya no era agua, sino seiscientos litros de un vino exquisito, mucho mejor que el que se había servido hasta entonces. ¡Más que suficiente para embriagar a un pueblo entero!

La simplicidad de las palabras de Jesús y su reserva contrastan con la exuberancia y la desmesura del don. Viene a la mente la observación de Pascal: «El rey habla fríamente de un gran don que acaba de conceder, y Dios habla bien de Dios» (Pascal, *Pensamientos,* Brunschvicg, 799).

Los invitados a la boda esperaban vino en abundancia, y Jesús les ofrece un don que puede saciar su sed eterna. En el vino sobreabundante y embriagador expresa Jesús por adelantado la entrega de su propia vida, dada sin medida. En el signo del agua transformada en vino anuncia la *hora* en que del costado abierto del Crucificado brotarán el agua y la sangre, como signo de una vida totalmente entregada.

Y Juan concluye su relato con esta frase: «Tal comienzo de los signos hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos» (Juan 2,11). La *manifestación de su gloria* no está en el cambio milagroso del agua en vino, sino en lo que significa este cambio: en lo que anuncia. Tal manifestación está en el don infinito que Jesús realizará cuando llegue su *hora,* la hora de su pasión y muerte.

Juan no ve esta *hora,* que será el signo último, como una hora de tinieblas. Por lo demás, es significativo que en su relato de la pasión de Jesús no mencione la agonía de Getsemaní. Juan ve la *hora* de Jesús como la suprema manifestación de la gloria de Dios y de su Cristo. Es la *hora* en que la vida divina se revela en toda su profundidad y su esplendor mediante la entrega absoluta. Porque ésta es la gloria de Dios en su más alta expresión. Es la gloria de un amor soberano: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que, según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado» (Juan 17,1-2).

¿Cómo una muerte tan atroz e infamante podía ser considerada como la suprema manifestación de la gloria divina, como la revelación del Señorío de Dios?

En el evangelio según san Juan, Jesús no sufre al morir. Ningún evangelista insistió tanto como Juan en el don completamente libre que Jesús hace de su vida humana. No sufre, sino que se entrega: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo...» (Juan 10,17-18). «El buen pastor da su vida por las ovejas» (Juan 10,11). «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Juan 15,13). No se puede ser más claro, más afirmativo. Jesús da su vida de una manera completamente libre. Y la da por amor.

No es que Jesús busque la muerte. Ahora bien, puesto que sus adversarios quieren librarse de él, no se esconde, no se echa atrás ante la muerte, sino que la asume libre-

mente. Y hace de ella la cumbre de su misión: su muerte será el testimonio supremo.

Su muerte será el don libre de su vida, de la vida que tiene como misión revelar y comunicar al mundo. El don de su vida humana manifestará el don que Dios mismo quiere hacer de su vida íntima. Y de este modo glorificará a Dios, revelará su gloria: el esplendor de su amor.

Para Juan, en efecto, la muerte de Jesús en la cruz no es simplemente el don que un hombre puede hacer de su vida humana por una causa justa y noble. Su muerte tiene una profundidad divina. Dios mismo se compromete en esta muerte. Jesús no está solo. Haga lo que haga, lo hace en estrecha comunión con su Padre. No hace nada que no vea hacer al Padre: «Lo que hace el Padre, eso también lo hace igualmente el Hijo» (Juan 5,19). De tal manera que «las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras» (Juan 14,10).

Así pues, si Jesús da su vida, es porque ve que el Padre la da. El don de Jesús revela el don del Padre. En Jesús, el Padre se da totalmente. Y Juan puede escribir: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3,16). Dios se da sin reservas en el don libre de su Hijo. Se da con él, en él: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30); «El Padre está en mí, y yo en el Padre» (Juan 10,38b). Jesús y el Padre son uno en el don. Y en este don resplandece la gloria de Dios en todo su esplendor: el esplendor de un amor que se da sin medida. La gloria del Padre es dar su Vida, su Vida divina, en su Hijo.

Se percibe aquí el gran absurdo en que se incurre cuando se considera la muerte de Jesús en la cruz como un castigo infligido por el Padre a su Hijo para lavar en la sangre la ofensa causada a la Majestad divina por el pecado del hombre. Digámoslo francamente: afirmar esto es equivocarse de religión. Jesús no es la víctima de su Padre, de un Padre colérico, rencoroso, preocupado ante todo por su honor. Jesús no es sino la víctima de los hombres, del pecado de los hombres, de su negativa a creer en el don de Dios.

Nosotros somos salvados por la obediencia de Jesús a su Padre. Pero esta obediencia es una comunión en el amor. Jesús comulga totalmente con el designio de su Padre, con el don del Padre: «El Padre me ama porque doy mi vida» (Juan 10,17). Al dar su vida, Jesús revela al mundo el don del Padre. Y de este modo manifiesta la verdadera gloria de Dios, que consiste en darse sin medida.

Jesús contempla este misterio del amor de Dios en la escena de la lanzada. Del costado abierto del Crucificado brota, bajo el signo del agua y de la sangre, la vida infinita e incontenible. Aquí se realiza lo que Jesús escribe en su Prólogo: «Hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1,14).

Y añade: «Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia» (Juan 1,16). En efecto, al dar su vida en comunión con el Padre, Jesús realiza, en nombre de toda la humanidad, un acto de amor que hace de nuevo posible la comunión entre Dios y el hombre: ofrece a Dios una humanidad abierta, capaz de recibir el don divino. En adelante, ya nada obstaculiza la realización del gran designio

del amor divino. Esto es también lo que Juan contempló en el costado abierto del Crucificado.

Esta vida que brota del corazón de Cristo no tiene nada que temer de la muerte, sino que triunfa sobre la propia muerte mediante su entrega. Quien ama ha pasado de la muerte a la vida. Esto es lo que manifiesta la Resurrección del Señor. «¡Es el Señor!», grita Juan al ver a Jesús en la orilla del lago. Sí, él es el Señor. Pero este Señorío no tiene nada en común con nuestras glorias humanas. Es el esplendor del Ágape divino. Su resplandor es el de un Amor soberano que, en su gratuidad, no conoce fronteras.

Reconocer este Señorío es entrar en relación con él, en comunión con su misterio de amor. El evangelio según san Juan insiste mucho en este punto. Proclamar que Jesús es Señor sólo tiene sentido si uno mismo se abre a esa soberanía del amor que, en adelante, debe inspirar todas nuestras relaciones humanas. La vida divina, que es por entero comunión en el amor, sólo se nos puede comunicar creando entre nosotros una comunión semejante a la que reina entre el Padre y el Hijo en el Espíritu. Éste es un tema fundamental en el evangelio de Juan. «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno...» (Juan 17,21-23).